

El pez que soñaba con volar

Jatzibe R. Domínguez



Capítulo 1

Allá en el fondo del mar vivía un pez, ese pez tenía un sueño, el de volar.

El resto de los peces preferían nadar, sin querer ver ni ir más lejos del océano.

Ellos opinaban que dicho pez estaba loco por tener deseos tan imposibles, pues un pez nace con la condición natural de nadar, no de volar.

--Los peces nadan—le repitió el pez rojo y gordo—Las aves vuelan. Es así como funcionan las cosas.

--Pero, ¿por qué?—preguntaba el pez sin entender. Nadie contestaba, pues no tenían respuesta para su pregunta, tan sólo sabían que la vida, Dios, el destino, la suerte o en lo que sea que creyeran lo había decidido así.

--No entiendo cómo puedes querer tanto volar—dijo el pez ángel—Si cuando nadas mueves las aletas, sientes el agua fresca por tus branquias, exploras el mundo marino donde hay estrellas de mar, peces como nosotros de muchos colores, plantas extrañas, tiburones de los que hay que escapar, cangrejos amargados a los que es divertido molestar, en fin... aquí lo tenemos todo.

--Exactamente—comentó la tortuga—Lo conocemos todo aquí. Allá arriba, en el cielo no conocemos nada, no sabemos los peligros que ahí puede haber. Nos es un mundo totalmente desconocido...

--Y eso lo hace aún más interesante—terminó el pez.

Los demás lo miraron con desconcierto y asombro, convenciéndose de que su amigo había perdido la cordura. Al ver que por millonésima vez su intento por quitarle esas ideas locas de la cabeza no había funcionado, decidieron irse. Él siguió viendo el cielo desde donde se encontraba, aleteando con fuerza y rapidez imaginaba que de repente salía despedido del agua y poco a poco subía hacia el cielo, ansioso de alcanzar a los pájaros que tantas veces había visto volar, ellos lo invitaban a unirse a su aventura, él avanzaba, sentía la brisa en su piel, la cual le parecía más fresca que la humedad del agua, traspasaba las nubes, los rayos del sol le acariciaban el cuerpo, volaba junto con sus nuevos compañeros, sintiéndose libre. Pero era un sueño frustrado, inalcanzable. Y aunque existían momentos en los que se desanimaba, nunca dejaba de soñar. Con el paso del tiempo sus anhelos aumentaron, hasta tal punto que sus amigos con aletas le dejaron solo, perdido en sus ensoñaciones.

Se pasaba los días a la orilla del mar, mirando a las aves pasar, deseando volar junto a ellas, de modo que un día ocurrió algo muy extraño, observó que sus aletas eran más grandes, brillantes y coloridas, lo cual lo desconcertó pero tampoco le prestó mucha atención a tal repentino cambio. Así pasó el tiempo, imaginando e intentando volar junto con sus branquias que cada vez se ponían más coloridas y brillantes, y sus aletas que crecían.

Llegó el momento en el que sus aletas eran tan inmensas y sus ganas de volar tan grandes, que al aletear logró lo que tanto había soñado: se alzó por los aires, volaba junto con los demás pájaros, que al verle se quedaron boquiabiertos, aunque no tanto como los peces, que se encontraban en el mar viendo a su compañero volar, algo que ellos habían dado por sentado incapaz para un pez, imposible. A sus compañeros volátiles les costó acostumbrarse a él pero con el tiempo lo fueron aceptando y desde un principio, lo recibieron con las alas abiertas. El pez compartía aventuras y viajes con sus nuevos amigos, se sentía libre y feliz. Había cumplido su sueño; el de volar.